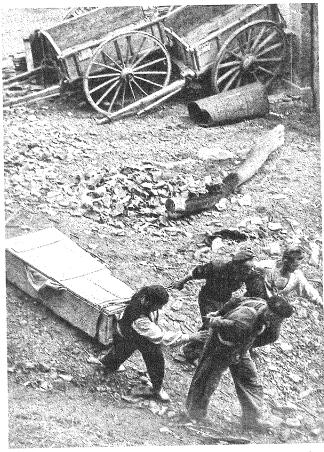
El 7 de marzo de 1939, en Madrid, los comunistas llegaron a las manos con sus adversarios. Veinte días después, las tropas de Franco entraron en una ciudad donde sus numerosos partidarios (la quinta columna) y los conversos del miedo o la conveniencia se echaban a la calle con saludos brazo en alto y tremolar de patrióticas banderas rojas y amarillas. En los campos de España criaban malvas unos trescientos mil muertos. En el exilio (europeo, hispanoamericano o norteafricano) empezaban a coleccionar nostalgias u olvidos unas cuatrocientas mil personas.



Siétamo (Huesca), agosto de 1936. Milicianos de la columna de Barrio-Trueba arrastran el ataúd de un guardia civil asesinado.

CAPÍTULO 97

Franco, Franco!

Terminada la guerra civil llegó una paz sin reconciliación. Los vencedores ajustaron cuentas con los vencidos: unos, a la cárcel, otros, al paredón. 160

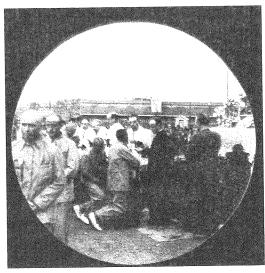
Franco retuvo todos los poderes que se le habían otorgado mientras durara la guerra e incluso los acrecentó. En la exaltación del momento, con los derechistas españoles ebrios de victoria y prendados de Hitler y Mussolini, nada parecía más natural. Los monárquicos (muchos generales entre ellos) también aceptaron, aunque a regañadientes. Con los nubarrones de una inevitable guerra europea remansándose en las fronteras parecía prudente prolongar el mando único y militar aunque ello significara aplazar temporalmente la restauración de la monarquía. Franco sonreía bajo el bigote. Ya lo dejó profetizado el general Sanjurjo, que no era tan bestia como parecía: «Franquito es un cuquito que va a lo suyito».

¿De dónde procedía la autoridad de Franco? Al principio de la guerra los generales rebeldes de la Junta de Defensa Nacional le habían concedido el mando supremo y la jefatura del Estado «mientras dure la guerra».

—Ustedes no saben lo que han hecho porque no lo conocen como yo, que lo tuve a mis órdenes en el ejército de África —co-

160. La población reclusa, entre trescientos cincuenta mil y medio millón de prisioneros, se repartió entre ciento cuatro campos de concentración estables y ciento ochenta provisionales.

mentó el general Cabanellas al general Queipo de Llano—. Si le entregan España va a creerse que es suya y no dejará que nadie lo sustituya en la guerra ni después de ella hasta su muerte.



Presos republicanos asisten a misa y comulgan en un penal.

Proféticas palabras.

—¡Qué error cometimos, Gonzalo! —comentaría a Queipo el general Orgaz.

Las hagiografías patrióticas presentaban a Franco como el nuevo Napoleón (que también era bajito). Prensa, radio, murales, carteles, actos patrióticos, discursos, sermones..., por todas partes su nombre se une a los de Hitler y Mussolini, los triunfadores del momento.

La propaganda nacional comparaba a Franco con Hitler y Mussolini. El comienzo de la guerra mundial, con los resonantes éxitos de los fascismos, ahondó el paralelismo: en Italia había un Duce, Mussolini; un partido, el fascista; una camisa, la negra; un emblema, el *fascio*, y una voluntad de imperio (Libia, Etiopía, etc.); en Alemania había un Führer, Hitler; un partido, el nazi;

una camisa, la parda; un emblema, la esvástica, y una voluntad de imperio (el espacio vital que la raza alemana reclamaba en el Este). Consecuentemente, en la Nueva España hubo un Caudillo, Franco; un partido, Falange Española Tradicionalista y de las JONS;¹⁶¹ una camisa, la azul; un emblema, el yugo y las flechas, y una voluntad de imperio, el norte de África.

¿Imperio español? ¿No habíamos liquidado sus últimos restos en 1898? ¿Cómo es que aparece nuevamente en un momento en que la mitad de los españoles se acuesta sin cenar? Entiendo las dudas del escéptico lector. Intentemos explicar de dónde procede este súbito rebrote imperialista.

La derrota de la República había acarreado el exilio de muchos intelectuales. Nuevos inquilinos, intelectuales de derechas comprometidos con el Régimen, ocuparon los pesebres vacíos de las universidades. Fieles a las consignas que recibían de lo alto, estos estómagos agradecidos suministraron el maquillaje cultural necesario para que España se asemejara lo más posible a sus modelos nazifascistas europeos.

Italia y Alemania eran naciones de nuevo cuño, formadas solo en el siglo XIX, que habían llegado tarde al reparto de los imperios y anhelaban formarlos ahora. Por mimetismo, España, que no tenía donde caerse muerta (de hambre), dio en soñar con sus tiempos imperiales. Ideólogos al servicio del Régimen inventariaron las puras esencias de la raza, cuyo cultivo restablecería la pasada grandeza imperial. España, «unidad de destino en lo universal», los Reyes Católicos, el cardenal Cisneros, el «prefiero perder mis

161. El partido de José Antonio, que en las elecciones republicanas no había sacado ni un solo diputado, contaba ya con cerca del millón de afiliados. Todo el que quería ponerse a salvo de desagradables contingencias o simplemente medrar en el futuro se afiliaba a Falange. Los falangistas de la primera hora intentaron en vano mantener la pureza del ideario del fundador, pero terminaron engolfados en la avalancha de arribistas que vistieron la camisa azul para medrar a la sombra del poder. Al sucesor de José Antonio, Raimundo Fernández Cuesta, lo desactivó Franco enviándolo de embajador a Río de Janeiro.

Estados a gobernar sobre herejes», el «más vale honra sin barcos que barcos sin honra», el «es preferible morir con dignidad a vivir con vilipendio» comparecieron en todos los discursos.

Mientras el país aguantaba los retortijones del hambre y muchos estómagos se habituaban a digerir algarrobas, en las tribunas resonaban las sustanciosas palabras del viejo tronco castellano: viril, jerarquía, imperial, señero, vibrante, augusto.





Significativos anuncios en la prensa de la posguerra.

Fue una ideología postiza, mimética, esteticista, que solo justificó ciertas apetencias de los militares africanistas que añoraban los aduares magrebíes y aspiraban a ampliarlos. Franco la mantuvo transitoriamente en los primeros años de la posguerra y luego se olvidó de ella sin pesar.

Al contrario que sus modelos Hitler y Mussolini, Franco nunca se sintió ligado a ideología política alguna. Como Groucho Marx, Franco podía decir: «Estos son mis principios, pero si no les gustan los cambio». Su pensamiento político se limitaba al mantenimiento de las dos básicas virtudes cuarteleras: orden y disciplina. En la fase final de la guerra y primera posguerra parecía falangista, pero en cuanto la suerte de la guerra les fue adversa a los fascismos, sus entusiasmos falangistas se enfriaron, dejó de usar la camisa azul, volvió a vestir de militar y chaqueteó hacia una nueva ideología que sustituyera a la totalitaria: la nacionalcatólica, para lo cual contó con el aplauso agradecido de la Iglesia. Desde entonces la Falange quedó progresivamente reducida al papel de claque del Régimen.

AUTARQUIA

La mejor patata y la más barata, la de tu huerta. El mejor zapato y el más barato, el de tu vecino zapatero. El mejor mármol y el más barato, el de tu vecino zapatero. El mejor mármol y el más barato, el ladrillo de la fábrica de tu aldea. El mejor periódico, el de tu villa. El mejor aire, la mejor agua, la más hermosa vista, son las de tu ciudad. Cuando tu zapatero trabaja, puede montor bien villlada zapaterio, tener a los de tu aldea de maestros, oficiales y aprendices, comprar lus cueros, lus lejidos, tus cerdas y amontonar en el Banco de lu ciudad sus dineros. He aquí que tu villa vale por rica en dineros y en ciencia. Suma de aldeas, igual pueblo, nación, pero autarquia es riqueza y ciencia, nunca avoricia

Recorte de periódico, 1944.